

EL SOCIO MAS ANTIGUO DEL ATENEO

¿Son de caballerías estos libros en folio que se desbordaban de los estantes? ¿Es a don Angel Caminero o a don Alfonso Quijano a quien venimos a visitar? Magro, nervioso; viraz la mirada, que inmaculadas lecturas no lograron extinguir; señorial la cortesía con que nos recibe; sobrio y antañón el castellano en que nos habla, estamos en presencia de casi un siglo de hidalguía manchega. Para llegar a esta solariega mansión, apartada y silenciosa, hemos recorrido calles anchas, rectas, con apenas un blanco de sombra. En las fachadas blancas, de azul y enjalbegado que refleja toda la cegadora luz de julio, las puertas y las ventanas tienen cenefas de añil. Las edificaciones modernas con que rápidamente se han renovado la vía céntrica de la ciudad productora del más popular de los vinos españoles, nos parecen exóticas. El pueblo es íntero, bajo un cielo ya andaluz, con sus confines remotos de terra tas roja como si acabaran de regarla con sangre. Borrísimo el traqueteo, ha cruzado junto a nosotros una pira de labor. El par de mulas, de lomos coruscantes, arrastran chispas del empedrado. La carga de mies bellita y crepa como una carga de fuego.



Don Angel Caminero es el socio más antiguo del Ateneo de Madrid.



En 1862, cuando, con otros estudiantes, don Angel Caminero fue admitido en el Ateneo por Martínez de la Rosa.

Damos unos golpes de albadón. La puerta se abre misteriosamente. Nos encontramos en un saguán, en un patio de columnas, tenue la luz que se todo filtra. Frescor. Fragancia de macetas. "Ave María." Una vieja sirvienta aparece como por ensalmo. ¿Ei ama? Somos acogidos con agrado. Don Angel Caminero se ha puesto en pie, pese a sus noventa y cinco años, para recibirnos con un clásico "Dios le guarde". El tiempo ha consumido su carne, pero no sus energías; su mano escueta ha estrechado la nuestra vigorosamente, con un vigor de mano heráldica que no desmayará nunca; su inteligencia es clara, jugosa, y su memoria, indefectible. Boca máquina. Vivirá el siglo, más del siglo.

—En efecto—nos dice—; yo, que soy ahora el más antiguo, fui el primer estudiante admitido como socio en el Ateneo de Madrid. Presidido a la sazón Martínez de la Rosa, de quien unos pocos barbilindos obtuvimos una audiencia con más audacia pedida que arrojada. Mis camaradas disputáronme vocero de nuestras aspiraciones, que hube de exponer con el apremio de la cortedad y desesperanza. No posíamos ni el grado de "Bachiller en Derecho", y ningún otro mérito podíamos alegar, fuera de nuestro designio de estudiosos. La cautivadora cortesía de don Francisco desvaneció nuestros temores. "Bien venidos los jóvenes a esta casa, que va siendo asílo de la ancianidad."

Se anima el rostro quijotesco del señor Caminero al evocar sus días moscos. El treno de Isabel II empuñaba a vacilar. Como una sobreesaturación de oxígeno en el aire, aceleraba el ritmo de los corazones la palabra Libertad.

—Una revolución de ideas—nos dice don Angel—, una revolución romántica y grandilocuente. Y añade, después de una pausa: —Esta que presenciáis ahora es más bien una pugna de intereses.

—Por eso es más honda—arguyo.

—Tal vez. Y más difícil. Pero, desde luego, menos artística.

Al hablarnos de Isabel II, a quien, por tener don Angel un pariente palaciego, veía con frecuencia, es muy expresivo.

—Su carne era blanca, rosada y transparente, como fanal que encerraba el fuego de sus entrañas. Inmensos sus ojos azules, cuyo fondo nadie consiguió ver. Boca fresca, carnal, terrible.



La tarjeta de socio.

Conseguido el grado de Bachiller en Derecho, don Angel volvió a esta tierra para consagrarse al ejercicio de la abogacía. Setenta años de toga.

—Y todavía este año he ganado dos pleitos.

—Al Ateneo—le pregunto—¿ha vuelto usted muchas veces?

—Muy de tarde en tarde. Cambió la casa, cambiaron las personas, cambió todo. Últimamente, sin conocer a nadie, pasaba por aquellos salones como una sombra. ¡Cuántas horas allí en otro tiempo! ¡Cuánta luz de pensamiento en aquellas tertulias!... ¡Creo que no podré volver más! Me voy quedando ciego...

—Sin embargo, esas cuartillas...

Don Angel duda. Pero, al fin, un impulso irresistible hace manar la confesión que quería recatarse. Don Angel trabaja en un libro sobre el "Quijote".

—Tenía que ser un manchego—nos dice—

quien reparase en esta particularidad. Quiero hacer notoria la dilección de la Mancha con los afectos de Cervantes, maguer ni acordarse quisiera del nombre de cierto lugar. Quiero hacer notorio que de ningún personaje nacido en estas



Don Angel Caminero evoca aquella primera revolución romántica y grandilocuente con nuestro colaborador señor López de Haro.

llanuras recibió el Caballero ni burla ni agravio. Los que le apaleaban o acuciaban para divertirse con su locura excelsa, eran de otras regiones. Los manchegos son los más nobles, generosos y discretos de cuantos seres humanos intervienen

en el libro inmortal. Don Quijote fué siempre bien parado entre sus paisanos y convecinos. Estoy documentando esta tesis con testimonios que he entresacado de la misma obra. ¿No es interesante el tema?

—¿Y a qué atribuye usted esa benevolencia de los manchegos para con el Ingenioso Hidalgo?

—A que le comprendían y le comprendemos, porque aquí todos tenemos algo de él.

Al despedirnos, el socio más antiguo del Ateneo de Madrid, que lleva consecutivos setenta años ejerciendo su profesión de abogado, nos dice:

—Parece que vamos a tener una Justicia independiente de todo otro Poder, una Justicia absoluta.

—Eso dicen.

—Una Justicia ideal.

¡Por fin!... Me gustaría vivir para poder llegar a verlo.

—Viva usted, don Angel; viva usted.

RAFAEL LOPEZ DE HARO